

## 6. Relecturas del libro de Ester, y su recepción en la fe de la Iglesia

El libro de Ester nunca se cita explícitamente en el Nuevo Testamento, pero es evocado en algunas ocasiones por los Padres de la Iglesia y los escritores eclesiásticos. Los acontecimientos narrados en el libro son vistos como un paradigma de la **Providencia de Dios con su pueblo**. Ante un enemigo mucho más poderoso que Israel, Dios ejerce su acción liberadora cambiando inesperadamente los designios de los hombres. Ahora bien, el libro subraya también que **Dios cuenta con la correspondencia humana**. Por eso, se ensalza a menudo la valentía de Ester (cf. S. Clemente Romano, *Ad Corinthios* 55,3.6) que arriesga su vida en favor de los demás miembros de su pueblo (Est 4,16).

En este mismo contexto, el libro se presenta como un compendio de las virtudes necesarias para conseguir el favor de Dios. Así el texto se complace en señalar la humildad de la heroína (Est 1,1), su fidelidad a los mandamientos de Dios (Est 2,2), la oración y el ayuno que acompañan la petición a Dios (Est 4,16), etc.

En la liturgia de la Iglesia, **Ester** es considerada como una **figura de la Virgen María**. La dignidad real de la heroína hebrea, la grandeza de su alma y la eficacia de su mediación ante el rey han sido motivos de esa tipología. En la memoria litúrgica de Nuestra Señora de Lourdes se aplican a Nuestra Señora palabras que encontramos en este libro.

Por todo ello, Ester entrará en la tradición de la Iglesia como uno de los eslabones de la cadena de las paradojas de Dios en el camino de la salvación de los hombres: «Serán sobre todo los pobres y los humildes del Señor (cf. So 2,3) quienes mantendrán esta esperanza. Las mujeres santas como Sara, Rebeca, Raquel, Miriam, Débora, Ana, Judit y Ester conservaron viva la esperanza de la salvación de Israel. De ellas la figura más pura es María» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 64).

### LA REVUELTA MACABEA

Durante el reinado de Antíoco IV Epifanes (175-164 a. C.), monarca sirio que controlaba la región de Palestina, el proceso de helenización de Jerusalén llegaría a su apogeo.

En el año 174 a. C. el sumo sacerdote Onías III fue apartado de su cargo por Antíoco IV, que nombró en su lugar a Yašúa, uno de sus hermanos, que cambió su nombre

a Jasón. Jasón, que había ofrecido dinero a Antíoco para hacerse con el cargo, se propuso llevar a cabo una reforma que integrase a Jerusalén en el contexto cultural helenístico que se estaba imponiendo como nuevo modo de vida en toda la región. Intentó transformar Jerusalén en una *polis* helenística, abandonando la Torah como ley constitucional. También se construyó un gimnasio cerca del templo, que tuvo una acogida entusiasta por parte del pueblo e incluso de algunos sacerdotes, hasta el punto de que hubo días en que los sacerdotes preferían participar en las competiciones atléticas antes que dedicarse al servicio del culto (cf. 2 M 2,12-15). En ese proceso de asimilación a sus vecinos, muchas familias abandonaron la costumbre de circuncidar a sus hijos.

Esta política de integración en el mundo helénico se vio reforzada a partir del 172 a. C., cuando Jasón fue depuesto por el rey y sustituido en el sumo sacerdocio por Menelao que era aún más partidario que Jasón de avanzar en la helenización definitiva de Jerusalén. Ese proceso de helenización tuvo una fuerte contestación interna. Hacia el año 168 a. C. se difundió el rumor de que Antíoco IV había muerto y Jasón, que desde su destitución estaba refugiado en Ammonítide, consiguió armas y tropas de Hircano y se dirigió a Jerusalén. Menelao tuvo que encerrarse en la fortaleza de Jerusalén y la ciudad fue saqueada. Ante el sucederse de estas luchas intestinas en la ciudad, Antíoco IV, que no había muerto, envió el año 167 a. C. una expedición de castigo sobre Jerusalén, y dejó instalados en ella a unos colonos militares, cuya presencia transformó Jerusalén en una ciudad de población mixta: judía y gentil.

Las tropas de Antíoco IV expoliaron el templo, y los decretos tolerantes de Antíoco III fueron definitivamente derogados. La libertad de seguir las «tradiciones ancestrales» fue sustituida por la orden de que «todos formaran un solo pueblo, abandonando cada uno sus tradiciones» (1 M 1,41-42). Se suprimieron los sacrificios y el culto en el templo, se construyeron altares paganos en todas las ciudades, se abolió la circuncisión y el descanso sabático, se instauraron los sacrificios de cerdos, y se nombraron inspectores para asegurar el cumplimiento de estas órdenes. Comenzó una dura persecución religiosa.

Estas medidas generaron un rechazo generalizado por parte de aquellos que deseaban vivir de acuerdo con la ley tradicional de Israel. Sobre todo, la provocación que supuso el introducir en el templo la «abominación de la desolación» (cf. Dn 9,27; 11,31; 12,11), probablemente un altar pagano, en el mes de diciembre del 167 a. C.

Al principio hubo una resistencia pasiva por parte de la gente del pueblo ante las imposiciones del monarca. El sufrimiento que padecían está patéticamente expresado en las narraciones del martirio del anciano Eleazar, y de una madre con sus siete hijos (cf. 2 M 6,18–7,42). Pero no habrían de tardar en empuñar las armas. Matatías, un sacerdote, y sus cinco hijos, después del asesinato en Modin de un judío reformador, que estaba supervisando una ceremonia oficial, huyeron a los montes y comenzaron una guerrilla cuyos rápidos éxitos harían que se incorporasen a su bando un gran número de judíos descontentos con la situación.

Matatías murió en el año 166 a. C. y quedó como jefe militar de los sublevados su hijo Judas, que había recibido el apodo de *Maccabí* (esto es, «martillo»), denominación que pasó después a toda la familia. Después de varias batallas, y para evitar males mayores, según se desprende de las noticias conservadas en 2 M 11,13-38 se llegó a un acuerdo entre Judas y Menelao –que aún era el sumo sacerdote con el apoyo de Antioco IV–, auspiciado por Lisias en representación del monarca seléucida, mediante el cual los rebeldes podían estar en el país y vivir según la Torah, a la vez que Menelao conservaba el sacerdocio. Tras este acuerdo se procedería a purificar el templo y reconstruir el altar, tres años después de su profanación. De este modo el 25 del mes de *kislew* del 164 a. C. comenzaron de nuevo a ofrecerse sacrificios. Para conmemorar esta Dedicación del templo se estableció la fiesta de la *Hanukká*. Este acuerdo permitía a Judas entrar en Jerusalén y dirigir desde allí sus operaciones. Una vez que sus hombres estaban en la ciudad construyó allí una fortaleza en oposición a la que ocupaban Menelao y los helenizantes (cf. 1 M 4,60). Después asediaron a los helenistas, lo que provocó una intervención de Lisias y nuevas batallas.

No obstante, la insurrección continuaba. Parecía que la revuelta podría triunfar, pero finalmente los guerrilleros fueron derrotados y Judas murió en la batalla de Bet Horón en el año 160 a. C. Algunos de sus seguidores, se dieron por vencidos y aceptaron las nuevas costumbres (cf. 1 M 9, 23). Pero la resistencia no sucumbió y en ese año 160 a. C. un grupo de rebeldes escogió como jefe a Jonatán, al que también designaron como sumo sacerdote, que se encargó de reemprender la lucha.

A la muerte de Jonatán, en el año 143 a. C., el pueblo eligió a su hermano Simón Macabeo como sucesor, tanto en el ámbito militar como en el sumo sacerdocio.

Se conservan cuatro libros con el título de «Macabeos», pero sólo dos de ellos están en relación con el movimiento macabeo, que son los dos libros incluidos en el canon cristiano de la Escritura. Ninguno de ellos forma parte del canon judío actual. El título deriva del apodo dado a Judas, *Maccabí*, el protagonista de la lucha contra Antioco IV Epifanes (cf. 1 M 5,34). Los dos libros canónicos son totalmente independientes entre sí, en cuanto al autor, tiempo de composición y finalidad, aunque se refieren al mismo periodo histórico.

El **texto original del libro primero estaba en hebreo**, y tanto Orígenes como San Jerónimo llegaron a conocer ese texto, que se ha perdido. Actualmente **sólo se conservan versiones griegas** del mismo. Por otra parte, aunque no se tuvieran noticias de la existencia de ese texto hebreo anterior, la abundancia de giros semíticos en el griego indicaría con bastante probabilidad que se trata de una versión literal del hebreo. El **libro segundo fue compuesto directamente en griego**.

La transmisión de los dos libros canónicos también ha seguido caminos separados. Por ejemplo, en el código Sinaítico sólo figura el primero, en el Vaticano, ninguno, y en el Alejandrino, los dos.

El primer libro de los Macabeos trata sobre los inicios de la dinastía asmonea. Comienza con la llegada de Antioco IV al trono de Siria y termina con la muerte de Simón, el último superviviente de los hermanos de Judas Macabeo. Su contenido es el siguiente:

- En el primer capítulo (1 M 1,1-64) se cuenta que Antíoco IV, con la colaboración de algunos judíos influyentes, intenta **imponer en Jerusalén las costumbres griegas**. Las leyes y costumbres judías quedan abolidas y se castiga con la muerte a quienes las sigan. El Templo de Jerusalén es profanado y convertido en templo pagano. En Jerusalén se construye una fortaleza –la Ciudadela– donde se establece un fuerte contingente militar sirio que controla la ciudad y sus alrededores. La religión judía parece destinada a desaparecer.
- Ante tal situación reacciona la familia de **Matatías** (1 M 2,1-70). Él y sus hijos emprenden acciones que al principio se desarrollan en forma de **guerrillas** por los alrededores de Jerusalén. El motivo es exclusivamente la defensa de su libertad religiosa; a la familia de Matatías se unen personas que seguían practicando el judaísmo y que reciben el nombre de «asideos» o piadosos.

- La sección central y más extensa del libro (1 M 3,1–9,22) está protagonizada por **Judas Macabeo**, hijo de Matatías que, a la muerte de su padre, toma el liderazgo de la rebelión, **organiza un pequeño ejército**, y se enfrenta primero a algunos destacamentos locales aliados de los sirios, y después al propio ejército sirio que estaba en la zona a las órdenes de Lisias.
  - **Al principio**, las **victorias** del Macabeo son aplastantes, según se cuenta en el libro. Judas consigue que se respeten las costumbres judías en Judea, y que el Templo pase otra vez a manos de los judíos, que lo purifican y dedican de nuevo al Señor.
  - Pero Judas no se conforma con la relativa libertad religiosa que ha conseguido en Judea, y emprende acciones militares en los territorios de alrededor para auxiliar a los judíos que viven en ellos.
  - Entretanto muere Antíoco IV y le sucede su hijo Antíoco V Eupátor que, ante los avances del Macabeo, envía un gran ejército contra él, de nuevo bajo el mando de Lisias. Judas y los suyos han de refugiarse en una parte de la ciudad santa; pero la llegada de Filipo, rival político de Lisias, a Antioquía hace que éste abandone el cerco de Jerusalén y regrese ofreciendo un armisticio a Judas. Por entonces llega desde Roma el hijo de Seleuco IV (hermano de Antíoco IV), Demetrio I, que da muerte a Antíoco V y a Lisias; y, atendiendo el ruego de algunos judíos traidores a la Ley, envía a Nicanor a atacar al Macabeo. Éste vuelve a vencer, hace un pacto con los romanos, y **sigue resistiendo al ejército sirio hasta que muere en la batalla**.
- A la muerte de Judas, su hermano **Jonatán** se pone a la cabeza del alzamiento (1 M 9,23–12,54). Con enorme habilidad política, y aprovechando las ventajas que le ofrecen los distintos aspirantes al trono de Siria, Alejandro Balas y Demetrio II, consigue hacerse con el cargo de sumo sacerdote, llega a controlar la situación militar en Palestina y ratifica los tratados con Roma. Sin embargo, morirá en una emboscada.
- A Jonatán le sucede en el liderazgo su hermano **Simón**, que consigue la plena independencia política de Judea, aprovechando, igual que Jonatán, las luchas por el poder entre los reyes de Siria, ahora entre Trifón y Antíoco VII. Simón muere asesinado por su yerno, pero le sucede su hijo Juan Hircano que, mientras todavía vivía su padre, ya había tenido gran éxito en campañas militares. Con la muerte de Simón, alabado por el autor sagrado y por el pueblo, se concluye la historia narrada en este libro (1 M 13,1–16,20).

El autor de este libro se sirvió de **varias fuentes** para llevar a cabo su tarea. A lo largo de la obra se alude a documentos oficiales que el autor pudo consultar en los archivos del Templo (cf. 1 M 14,49): los anales de los sumos sacerdotes, a propósito de Jonatán y Simón (cf. 1 M 16,24), el elogio de Simón grabado en bronce (cf. 1 M 14,24-45), y algunas cartas de los reyes seléucidas y del senado romano dirigidas a Judas, Jonatán y Simón (cf. 1 M 5,10-13; 8,23-32; 10,18-20.25-45; 11,30-37; 12,6-18.20-23; 13,36-40; 14,20-23.27-45; 15,2-9.16-21). También pudo utilizar alguna fuente relativa a los monarcas seléucidas de Siria.

Así pues, el autor es seguramente un judío de Palestina, residente quizás en Jerusalén, y fiel devoto de la Ley. La **composición** del libro habría que situarla **alrededor del año 100 a.C.**

## 8. Relecturas del libro primero de los Macabeos, y su recepción en la fe de la Iglesia

En la época de nuestro Señor Jesucristo seguía vivo el celo por la Ley que vemos reflejado en el libro primero de los Macabeos, si bien ese celo era comprendido de distinta manera por los diversos grupos que se habían ido configurando a partir de la encendida defensa de la religión judía. Los fariseos eran los continuadores de los asideos, aquéllos que en un primer momento se unieron a la revuelta macabea (1 M 2,42), pero que después mantuvieron otra política (1 M 7,13); estaba, por otra parte, el grupo de los saduceos que era más complaciente con la dinastía asmonea; y en el polo opuesto se encontraban los esenios, que rompen incluso con el culto del Templo de Jerusalén, según sabemos por fuentes extrabíblicas. Todos estos grupos, sin embargo, mantenían el celo por la Ley.

A la luz de la fe cristiana, la historia narrada en 1 Macabeos es un testimonio inspirado de cómo Dios fue guiando y dirigiendo la historia del pueblo elegido hasta poco antes del momento mismo de enviar al Mesías, a su Hijo Jesucristo. Ningún otro libro del Antiguo Testamento nos acerca tanto al Nuevo Testamento, desde el punto de vista de la narración de la historia, como el libro primero de los Macabeos.

En el Nuevo Testamento encontramos reflejados los **valores espirituales** que configuran la historia de 1 Macabeos. **Jesucristo los asumió, pero los transformó**, a veces radicalmente.

Jesús manifiesta su **adhesión a la Ley de Moisés**, enseñando que no dejaría de cumplirse ni la más pequeña letra de ella (cf. Mt 5,17-19), pero a la vez in-

terpreta y enseña a cumplirla de otro modo, más exigente, llegando hasta el fondo de esa Ley (cf. Mt 5,20-48). Asimismo, establece una ley nueva de amor entre los hombres, que deja atrás aquella ley del talión que regía los actos bélicos de los macabeos (cf. Mt 5,28-47).

Jesús mostró también su **celo por el Templo**, hasta el punto de realizar un gesto de gran vigor simbólico, como fue la expulsión de los mercaderes (cf. Mt 21,12-17). Pero a la vez, declaró que aquel Templo tenía un carácter provisional, y que el verdadero culto a Dios no dependía del Templo, sino de la adoración al Padre en espíritu y en verdad (cf. Jn 4,23-24). Más aún, el Evangelio de San Juan enseña que el verdadero Templo es la humanidad santísima de Jesús (cf. Jn 2,22).

Frente a la identificación entre fidelidad a la Ley y rebelión política armada que vemos en el libro primero de los Macabeos, en el **Nuevo Testamento** encontramos **la invitación a una resistencia moral y espiritual ante las persecuciones** (cf. Mt 10,16-25); y Jesucristo, por otro lado, establece la separación entre poder político y fidelidad religiosa al proclamar: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» (Mt 22,21 y par.).

## 9. Lectura del libro segundo de los Macabeos

El libro segundo de los Macabeos no es continuación del primero, sino que narra de modo diverso, y con más detalle, algunos episodios de la actividad de Judas Macabeo, de la que ya se habló en 1 M 1,1-7,49. Este libro se transmitió unido en bastantes casos a 1 Macabeos, y así, los dos entraron a formar parte de la Biblia cristiana. En el código Sinaítico sólo figura 1 Macabeos, pero en el Alejandrino se encuentran los dos, uno a continuación del otro. Precisamente por esta posición, la obra que ahora presentamos ha recibido el nombre de 2 Macabeos.

En este libro la narración de los acontecimientos comienza propiamente con Seleuco IV, hermano mayor y predecesor en el trono de Siria de Antíoco IV Epífanes, y termina con la victoria de Judas Macabeo sobre Nicanor, ocurrida en el 161 a.C. La exposición se desarrolla de la siguiente forma:

- **Introducción: cartas a los judíos de Egipto** (2 M 1,1-2,32). Comienza con la transcripción de dos cartas, enviadas por los judíos de Jerusalén a los de Egipto con el fin de estimularles a que celebraran, lo mismo que ellos, la fiesta de la Dedicación del Templo (*Hanukkah*) instituida por Judas Maca-

beo. A continuación de las cartas, el autor del libro expone el propósito de su obra y la forma en la que va a llevarla a cabo.

- **Profanación y purificación del Templo** (2 M 3,1-10,8). Bajo el piadoso sumo sacerdote Onías, la santidad del Templo era inviolable. Pero cuando el sumo sacerdocio estuvo en manos de personas favorables a la helenización, como Jasón y Menelao, la cólera de Dios cayó sobre Israel permitiendo que el Templo fuese profanado y que muchos judíos piadosos sufrieran martirio. Entre éstos sobresalen Eleazar y una madre con sus siete hijos. Pero, debido a la fidelidad de los mártires, la cólera de Dios se cambió en misericordia. Judas venció a Nicanor y a Gorgias, generales sirios, y Antíoco IV Epífanes murió lejos de su tierra. Entonces se llevó a cabo la purificación y dedicación del Templo, y se instituyó la fiesta de Hanukkah para conmemorarlo.
- **Seguridad y paz para los judíos** (2 M 10,9-15,39). Judas continuó luchando contra las tropas reales capitaneadas por Lisias y contra las ciudades helenizadas, hasta conseguir el reconocimiento de la libertad de culto para los judíos por parte de Antíoco V. Poco después, Judas salió de Judea en auxilio de los judíos que vivían en otras ciudades, y de nuevo tuvo que hacer frente a los generales sirios, e incluso a Lisias, que le salió al paso acompañado del rey en persona. Pero la bravura de Judas les obligó a retirarse. Al hacerse Demetrio I con el trono de Siria, Alcimo, un nuevo pretendiente al sumo sacerdocio, de tendencia helenizante, logró el apoyo del nuevo rey sirio, y éste envió en su ayuda al jefe de los ejércitos reales, Nicanor, que blasfemó contra el Templo. Pero Judas lo derrotó y le dio muerte. Entonces se estableció una fiesta para renovar anualmente la memoria de esta victoria.

El libro segundo de los Macabeos fue compuesto directamente en griego. En 2 M 2,19-32 el autor deja constancia de la finalidad de su obra y de la fuente que ha utilizado. Explica que **ha resumido una historia en cinco volúmenes escrita por Jasón de Cirene**, y da a entender que así apoya la petición que se hacía en las cartas precedentes acerca de la celebración de la fiesta de la Dedicación. De la obra originaria de Jasón de Cirene no sabemos nada más que lo mencionado por el autor de 2 Macabeos. Por lo tanto, es difícil valorar la exactitud del resumen presentado, ya que, además, no vuelve a hablar de esta fuente a lo largo del libro. Es posible que la obra de Jasón narrase, como el libro primero de los Macabeos, lo referente a «Judas y a sus hermanos» (2 M 2,19), en cuyo caso podría haber sido compuesta después del año 134 a.C., fecha de la muerte de Simón Macabeo, el último de los hermanos de Judas. El

libro segundo de los Macabeos habría sido **redactado en torno al año 100 a.C., tal vez en Alejandría**, donde se conservarían las cartas transcritas al comienzo, la primera de ellas fechada el 124 a.C.

## **10. Relecturas del libro segundo de los Macabeos, y su recepción en la fe de la Iglesia**

El libro segundo de los Macabeos representa un **paso importante en la revelación testimoniada en los libros del Antiguo Testamento**, y se acerca a las enseñanzas que aparecerán en el Nuevo. Éste, por una parte, corrobora las ideas de 2 Macabeos, pero, por otra, las trasciende y purifica.

Así, el **poder de Dios para resucitar a los muertos** y la fe en la resurrección (2 M 7,11-36; 12,38-46) se confirman en la resurrección de Jesucristo (cf. Hch 2,23-24; Rm 1,4; etc.) y en la esperanza de los primeros cristianos (cf. 1 Co 15,1-53). Ahora bien, Jesús corrige aquella representación tan material de la resurrección que aparece en 2 Macabeos y orienta a comprenderla de otra forma al decir que en la resurrección los hombres serán como ángeles (cf. Mt 22,30 y par.; 1 Co 15,44-49).

En el libro segundo de los Macabeos se muestra con claridad que **el sufrimiento de los mártires tiene valor salvador** para el pueblo, pues mueve a Dios a intervenir en su favor (cf. 2 M 7,38). Esta verdad culmina en Jesucristo nuestro Señor que, por su aceptación de la muerte y su obediencia al Padre, redime al hombre del pecado (cf. Mt 26,28 y par.) y nos hace merecedores de la salvación (cf. Rm 3,24).

La **santidad del Templo** y la **inviolabilidad de la Ley**, que aparecen con tanta fuerza en 2 Macabeos, pertenecen al sentir común del judaísmo en tiempos de nuestro Señor Jesucristo. De cómo el Señor asumió y completó aquellos aspectos de la religión judía ya hemos hablado al tratar del primer libro de los Macabeos. Además, los casos de fidelidad a la ley de Dios hasta la muerte, expuestos en 2 Macabeos, pueden ser considerados por los cristianos como ejemplos que cumplen anticipadamente las exigencias de Jesús: «No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma» (Mt 10,28), o «de qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma» (Mt 16,26).